

MONISMO Y LIBERTAD.

Antonio Gallardo Cervantes. Universidad de Málaga.

Cuando la cultura toma como objeto prioritario la de hacer madurar a los individuos, les ofrece un paradigma para orientarse en la realidad en el seno de una colectividad que les ratifica y asegura sobre el sentido real de su mundo. Pues bien, la desculturización simbólica que parece conllevar la modernidad, junto con las tensiones y dificultades que provoca en la identidad personal, les convierte en un modelo insatisfactorio, en relación a los objetivos de la cultura, volviéndose un modelo cultural enfermo, desde el cual desembocamos en un mundo que se nutre del monismo fundamentalista e intolerante, quedando mermada la libertad.

Si bien etimológicamente, *fundamento* procede del latín *fundamentum*, cuando se habla de fundamentalismo se hace referencia tanto a la tendencia a mantener de forma estricta la tradición, como al templo o a un ámbito sagrado; de ahí que cuando se hable del *fanaticus* se aluda al servidor o protector del templo y, se asocie a un fenómeno puramente religioso.

Entre una diversidad de ejemplos voy a referirme a dos autores que han rechazado el fundamento desde una perspectiva religiosa: Voltaire y Sade; el primero habla en los siguientes términos: “El fanatismo es a la superstición lo que el delirio es a la fiebre, lo que la rabia es a la cólera. El que tiene éxtasis, visiones, el que toma los sueños por realidades y sus imaginaciones por profecías, es un fanático novicio de grandes esperanzas; podrá llegar a matar por el amor de Dios [...] También hay fanáticos que sentencian a muerte a los que no han cometido más crimen que el de no pensar como ellos”¹. Sade por su parte nos dirá con su estremecedor ingenio que “todos los seres, actuando y reaccionando constantemente unos sobre otros, producen y sufren al mismo tiempo cambios; la íntima progresión de los seres que han sido sucesivamente causa y efecto pronto cansó la mente de aquellos que sólo quieren encontrar la causa en todos los efectos: sintiendo que su imaginación se agotaba ante esta larga secuencia de ideas, les pareció más breve remontar todo de una vez a una primera causa, imaginada como la causa universal, siendo las causas particulares efectos suyos y sin que ellas sea, a su vez, el efecto de ninguna causa. Este es el Dios de los hombres, esta es la estúpida quimera de su débil imaginación [...] ¡este es el Dios de los mortales, este es el ser abominable que han inventado, y en cuyos templos han hecho correr tanta sangre!”²

El monismo fundamentalista tiene mucho que ver con el enfrentamiento que se produjo en el protestantismo anglosajón de las corrientes liberal y conservadora. Mientras la primera quería someter la Biblia a un proceso de desmitologización, la segunda pretendía afirmar las doctrinas que creían fundamentales para la concepción teológica protestante.

¹ Voltaire, *Diccionario filosófico*, Tomo II, Temas de Hoy, Madrid, 1995, p. 92.

² Marqués de Sade, *Juliette/1*, Espiral/Fundamentos, Madrid, 1998, pp. 44-45.

Será en la Conferencia bíblica celebrada por los protestantes conservadores en Niágara en 1895 cuando se establezca una declaración de fe, que desembocará en los cinco puntos del fundamentalismo, también conocidos como fundamentos, a saber, la inerrancia verbal de la Escritura, la divinidad de Jesucristo, la concepción virginal de Jesús, la teoría sustitutiva de la expiación, la resurrección física de Cristo y su segunda venida corporal. Esta declaración provocó que se publicasen una serie de trabajos con el título de *The Fundamentals*, que darían su nombre a esta corriente ideológica.

Aunque el monismo fundamentalista se limitó inicialmente al terreno protestante y al papel de las Escrituras, más tarde se fue ampliando a otras confesiones y, a otros ámbitos; de ahí que por analogía pueda hablarse de otros fundamentalismos. A este respecto, el profesor Jacinto Chozza afirma que, “verdad, libertad, paz, belleza, intimidad, familia, comunidad, riqueza, poder. Todas estas palabras designan valores que se consideran dimensiones de Dios [...] La guerra surge cuando cualquiera de esos valores, el último recién llegado, trata de abrirse espacio para asentarse, mientras los previamente establecidos tratan de impedirlo. [...] La lucha empieza cuando cualquiera de esos valores es afirmado como el fundamental contra todos los demás y en lugar de ellos”³.

También el término fanático en un principio, es asociado al fenómeno religioso, aunque más tarde se trasladará a otros campos, aplicándose de la misma forma “a la situación de la persona cuando esta se siente y actúa dominada por un entusiasmo exaltado y por un celo intemperante”⁴, como a “aquel que sacraliza de manera intransigente algún aspecto de la realidad”⁵.

El que persigue el fundamento no termina de entender que el nombre no es la cosa, igual que el mapa no es el país, cayendo una y otra vez en el mismo error, se come la carta de los menús en vez de los platos anotados en ella. Cuando damos nombre a una cosa y la cosificamos, estamos encerrándola en una visión monádica: “El islam cerró las puertas a la interpretación libre en el siglo X. El catolicismo, por su parte reservó sólo a la jerarquía de la Iglesia la potestad de la correcta interpretación de las Escrituras. El protestantismo luchó contra esto. [...] Famosa es la sentencia que decía que ‘fuera de la Iglesia no hay salvación’ (Bonifacio VIII en 1.302). Cuando la propia religión se entiende de esta manera, la predicación pasa a ser un imperativo angustiante: quien no se convierta no se salvará. Tenemos puestas las bases para justificar las cruzadas y cualquier método evangelizador incluida la fuerza”⁶.

El monista con su visión pétrea, gélida y reductora “dicotomiza la realidad por su miedo a perder la identidad. De ahí que defina (definir significa ver dónde finaliza una cosa y dónde empieza otra) y marque claramente la separación entre el yo y el no yo, entre el bien y el mal, entre lo que hay que alabar y lo que hay que aniquilar [...] toda aquella pedagogía que busque puntos de intersección entre personas o culturas, todo aquello que haga ver que yo no acabo en mí mismo sino que me abro y me despliego

³ Chozza, J., *Fundamento de la sociedad y fundamentalismo*, Thémata, Revista de Filosofía, nº 12, Sevilla, 1994, pp. 18-19.

⁴ Vidal, M., *Bioética. Estudios de bioética racional*, Tecnos, Madrid, 1994, p. 186.

⁵ Flaquer, J., *Fundamentalismo. Entre la perplejidad, la condena y el intento de comprender*, Cristianismo y Justicia, Barcelona, 1997, p.3.

⁶ Flaquer, J., *Fundamentalismo. Entre la perplejidad, la condena y el intento de comprender*, Cristianismo y Justicia, Barcelona, 1997, pp. 17 y 19.

en el otro, será una pedagogía pacificadora. Yo no dependo exclusivamente de mí mismo. Necesito del otro, del que es diferente de mí porque tiene algo que yo no tengo”⁷.

El monista fundamentalista persigue “la realidad” como si fuera posible acceder a ella, no entiende que su percepción no es más que una lectura entre millones; lo plural es concebido como pernicioso, ya que un fundamento nunca puede coexistir con otro u otros, son antagónicos, se repelen. El fin último es la homogeneización de las voluntades, la obediencia absoluta, el electroencefalograma plano.

Estamos ante la continua discrepancia entre el yo y el mundo, distorsionado por la cuestionabilidad de nuestra percepción, ya que la observación lleva a otra realidad, porque no es sólo como dijo Heisenberg, que la observación influya en lo observado sino que también lo observado repercute en el observador. Ya Epicteto afirmó en el siglo I que “no son las cosas las que nos inquietan sino las opiniones que tenemos de las cosas”.

La idea de una realidad objetivamente existente, accesible a la mente humana, es insostenible, porque “la realidad de la que podemos hablar es una realidad configurada por nosotros mismos”⁸, algo que irrita “a aquellos monistas fundamentalistas que voccean que los hechos los encontramos, y no lo hacemos, que tales hechos constituyen el solo y único mundo real, y que el conocimiento consiste en una creencia respecto a los hechos. La mayoría de nosotros está hasta tal punto poseída de estos artículos de fe, nos atan y nos ciegan en un grado tal, que las palabras ‘la fabricación de los hechos’ nos suenan hasta paradójicas. ‘Fabricación’ se ha hecho sinónimo de ‘falsificación’ o de ‘ficción’, en oposición a ‘verdad’ o a ‘hecho’. Evidentemente, es menester que distingamos lo falso y lo ficticio de lo verdadero y de lo fáctico, pero es seguro que no podremos hacerlo apoyándonos sobre la idea de que la ficción se fabrica mientras que los hechos se encuentran”⁹. ¿Por qué suponer que una vida sin un supuesto sobre la realidad es insoportable? Cuando la realidad no es más que “apariciencia solidificada.”¹⁰

Más allá de la percepción, no hay más que, un profundo océano nebuloso de estímulos ausentes, extraños, sedientos de un sujeto creador que le transporten a la vida. Las sensaciones son la materia prima con la que configuramos nuestro propio mundo individual, familiar, social, político, científico o ideológico, pero que luego llevado por nuestra ingenuidad, la confundimos con la realidad. Como dice Goodman “Los mundos se construyen elaborando versiones por medio de palabras, números, imágenes, sonidos o cualesquiera otro tipo de símbolos, y ello en cualesquiera medios”¹¹.

El monismo fundamentalista no es plural, no quiere verdades, anhela la Verdad, aunque para ello se conviertan como tan cíerteramente dice Ramón Valls en “masas sedientas de personalidad prestada”¹². No aceptan ni la imposibilidad de abarcar toda la realidad de un solo vistazo, ni el diálogo como instrumento para comunicar nuestro punto de vista.

⁷ *Ibidem*, p. 10.

⁸ Watzlawick, P., *El sin sentido del sentido o el sentido del sinsentido*, Herder, Barcelona, 1995, p. 58.

⁹ Goodman, N., *Maneras de hacer mundos*, Visor, Madrid, 1990, pp. 127-128.

¹⁰ Cioran, E. M., *Breviario de los vencidos*, Tusquets, Barcelona, 1998, p. 22.

¹¹ *Ibidem*, pp. 130-131

¹² Valls, R., *Sobre fundamentalismos*, Claves de Razón Práctica, Mayo 1994, nº 42.

En su búsqueda de sentido los seres humanos suelen experimentar el mundo como historia o como naturaleza, ésta última experiencia, nos arrastra a una contemplación a la manera newtoniana, como un plan trazado por un gran espíritu, ajustándose todo a un orden perfecto. Aquí consideraríamos que, “la naturaleza sigue obediente leyes inmutables que han prescrito para ella el gran planificador”.¹³ Estas leyes se convierten en fundamentos para cualquier plano de la vida. Empero, lo considerado fundamento es percibido por el individuo de forma plural, debido a las limitaciones que la misma naturaleza ha impuesto al arrogante homínido. Con respecto a esta consideración, el profesor Arregui afirma que, “ya no existe el fundamento, sino más bien los fundamentos, puesto que cada una de las diversas esferas de la vida social tiene su propio fundamento [...] Aunque se siga manteniendo que Dios es el fundamento, ahora el fundamento es plural”¹⁴. Completaría esta acertada consideración afirmando que, no sólo hay un fundamento para cada esfera de la vida social, sino que hay un fundamento para cada ser humano desde su singularidad.

Cada sensación que aborda al individuo es modificada en la misma percepción, producto de un bagaje experiencial único. Porque todo individuo ve de la misma forma, pero mira de manera diferente. El vertiginoso cambio a que está sometido todo viviente imposibilita el proceso del autoconocimiento: cuando creo conocerme ya soy otro.

Si vivimos en una continua incertidumbre por saber quiénes somos, cómo atrevernos a considerar como fundamento absoluto algo que nos viene exógenamente dado. Mientras que la heterodoxia es innata y dialogante, la ortodoxia es dogmática y alienante. De ahí que toda búsqueda de un fundamento universal sea estéril, y por mor de su vacuidad, aceptemos que “el mundo no merezca que alguien se sacrifique por una idea o una creencia”¹⁵.

Tenemos que enfrentarnos con dos realidades, por un lado, la realidad que nos transmite nuestros órganos sensoriales y por otro, la realidad producto del sentido y del valor que le atribuimos. Doblemente falaces, recibimos sensaciones que convertidas en percepciones ya han sido manipuladas y, le damos el sentido que los prejuicios vigentes imponen.

La solución tal vez la encontraríamos si nos volviésemos todos más filósofos, ya que la filosofía acerca al sujeto a la crítica, lo que supone que antes de aceptar cualquier afirmación la estudiará con detenimiento, manteniendo siempre puertas abiertas para cambiar su verdad por otra más convincente. De ahí que podamos afirmar que la actitud del filósofo sea contraria a la cerrazón del fundamentalista, porque nadie puede tener un punto de vista absoluto. El instrumento más apto para comunicar nuestro punto de vista sigue siendo el diálogo. Y es precisamente en ese contexto en el que aparece la vuelta a los otros como futuro, que debe tratar ante todo de recuperar el respeto por la diferencia, con todas las consecuencias que ello conlleva. El mismo Garaudy habla del antagonismo que hay entre el diálogo y el monismo fundamentalista, alertando que si bien el diálogo es necesario, no podemos considerar diálogo el que se produce “entre el amo y el esclavo”¹⁶.

¹³ Elías, N., *Teoría del símbolo*, Península, Barcelona, 2000, p. 43.

¹⁴ Arregui, J. V., *El fundamentalismo y los fundamentos de la sociedad*, Themata, Revista de filosofía nº 12, Sevilla, 1994, p. 43.

¹⁵ Cioran, E. M., *En las cimas de la desesperación*, Tusquets, Barcelona, 1993.

¹⁶ Garaudy, R., *Los integrismos. Ensayo sobre los fundamentalismos en el mundo*, Gedisa, Barcelona, 1991, p. 14.

Profundos cambios habrán de producirse para que, el monismo fundamentalista de la pseudo-democracia liberal de Occidente propicie un diálogo entre iguales y, no imponga a través de la fuerza de la economía, de las armas y, de los medios de comunicación de masas, tanto los valores como la miseria al resto de la humanidad.

Es preciso plantearse los cauces por los que se puede resimbolizar el mundo, y para ello hay que ejercer una crítica depuradora de los niveles míticos de nuestra cultura, que tratan de usurpar tanto el lenguaje como los símbolos para ponerlos al servicio del modelo general de des-simbolización. De ahí que, el pensamiento de los otros como futuro y el ensayo de resimbolización del mundo exigen el planteamiento de los límites de la racionalidad misma.

Antonio Gallardo Cervantes
Dpto. de Filosofía
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Málaga
29071 Málaga